



Errancias, estancias, atravesamientos: ocurrencias urbanitas

Néstor **Casanova Berna**

Investigador independiente • Montevideo / **Uruguay**
nestor.casanova.1958@gmail.com

A la profesora Ingrid Roche, con afecto

Resumen

Las ocurrencias urbanitas son las estructuras vividas en donde se originan, de un lado, la ciudad con sus piedras y memorias, con sus reductos y escenarios, mientras que, por el otro costado, se debate el drama cotidiano de lo urbano. Resulta de interés examinar su comportamiento toda vez que se asuma que constituyen unas prácticas fundamentales del habitar: la ciudad se deja entender entonces como entidad humana y viviente. El detenimiento en la observación concreta de las ocurrencias urbanitas puede contribuir a un refinamiento estético en la tarea de pensar y vivir lo urbano, así como abrir alguna ventana de aire fresco en los despachos de los atribulados urbanistas contemporáneos.

Palabras clave: *Vida urbana, urbanita, prácticas sociales del habitar, ciudad, habitar*

Keywords *Urban life, urbanite, social practices of living, city, inhabiting*

Ocurrencias urbanitas

La ciudad no es lo urbano. La ciudad es una composición espacial definida por la alta densidad poblacional y el asentamiento de un amplio conjunto de construcciones estables, una colonia humana densa y heterogénea conformada esencialmente por extraños entre sí. La ciudad, en ese sentido, se opone al campo o a lo rural, ámbitos en que tales rasgos no se dan.

Lo urbano, en cambio, es otra cosa. Podríamos definirlo como un estilo de vida marcado por la proliferación de urdimbres relacionales deslocalizadas y precarias. Lo urbano sería "ese proceso consistente en integrar crecientemente la movilidad espacial en la vida cotidiana, hasta un punto en que ésta queda vertebrada por aquella" (Jean Remy, La ville: vers une nouvelle definition?, L'Harmattan). La inestabilidad se convierte entonces en un instrumento paradójico de estructuración, lo que determina a su vez un conjunto de usos y representaciones singulares de un espacio nunca plenamente territorializado, es decir sin marcas ni límites definitivos (Delgado, 2015).

No se puede menos que reconocer la crucial distinción, realizada por Henri Lefebvre y cultivada por Manuel Delgado, entre los conceptos de ciudad y de lo urbano. Atentos a esta oposición, aquí nos propondremos situarnos precisamente allí donde estas nociones acaso pudiesen articularse. Situosos topográficamente más allá del terreno frecuentado por los arquitectos y urbanistas, pero no aún en la vecina región antropológica que toca estos asuntos, nos aplicaremos con aunar en una sola invocación estos componentes tan antitéticos como complementarios. Así es que observaremos los fenómenos urbanos en las prácticas fundamentales de los cuerpos de los urbanitas –habitantes urbanos– en tanto tienen lugar en la ciudad. A tal síntesis de componentes le llamaremos, por el momento, ocurrencias urbanitas.

Haremos centro, entonces, allí donde la ciudad y lo urbano ocurren, donde la ciudad vibra de vida y con su estremecimiento propio diseña a su peculiar modo unas arquitecturas y unos paisajes ebrios de agitación, unas marchas que abren itinerarios en calles y avenidas, unas pausas y demoras que sientan plazas, unos atravesamientos críticos de umbrales por los que la carne viva de los urbanitas practica y conoce su condición. Las ocurrencias urbanitas no son tanto la experiencia contemplativa de los escenarios perdurables sino fugaces experiencias de unos hábitos en el morar. Las ocurrencias urbanitas son las operaciones prácticas de los merodeadores, de los viandantes, de los abstraídos observadores del mundo que se sacude cerca de las mesas de las cafeterías, de las prudentes ojeadas de aquellas mujeres que abandonan sus interiores con la circunspección debida al estado de la calle. Las ocurrencias urbanitas son los tránsitos, las demoras, los cruces: un laberinto excavado tan multiforme como familiar.

Las ocurrencias urbanitas son las estructuras vívidas en donde se originan, de un lado, la ciudad con sus piedras y memorias, con sus reductos y escenarios, mientras que, por el otro costado, se debate el drama cotidiano de lo urbano. Pero nos detendremos en considerar estas puntuales conformaciones precisamente porque pudieran constituir, acaso, unos nodos críticos desde donde pensar de nuevo, tanto la ciudad de los urbanistas y así como lo urbano, que seduce la perplejidad antropológica. Estas ocurrencias son prácticas habituales y recurrentes de lugares urbanos.

Errancias del transeúnte

La primera de las habitaciones urbanas que experimenta todo urbanita es eso que se designa genéricamente como la calle. Esta constituye una primigenia experiencia de lo público, de lo social, del allende los muros del refugio familiar. La calle se practica, como territorio, según la marcha, se explora con pasos tan circunspectos como audaces. La calle se practica como ámbito extraño que se vuelve cotidiano,

como contexto que confiere sentido de apropiación señalada de una morada por oposición. Sólo saliendo de nuestra casa llegamos a averiguar que ésta se trata de un interior propio, distinguido y a la vez puesto en su sitio por obra de un ámbito que lo acoge. Transitando por la calle comprendemos que en nuestro habitar se despliega un orden de esferas concéntricas.

Todos y cada uno de los urbanitas somos inmigrantes con respecto al ámbito público. Hemos llegado a la ciudad a través de un tránsito, de una traslocación. En palabras de Marina Garcés, somos llegantes (Garcés, 2007). Hemos abandonado un día la madriguera parental para merodear, atentos, el territorio que se prodiga en calles, en plazas, en parques. Mucho antes que se nos ocurriera la peregrina idea de dirigirnos a un cierto punto, hemos comenzado por deambular como fin en sí mismo. Caminando es que practicamos la primigenia de las habitaciones urbanas: los territorios callejeros, los ámbitos públicos, el campo urbano abierto. Allí, donde experimentamos por fin el socializado desamparo, allí, donde portamos nuestra singularidad desprotegida en el anonimato, allí, donde toda atención es poca, allí, nacemos en las entrañas de la ciudad.

Así, la calle, de un modo genérico, designa el primer ámbito urbano practicado. Antes de constituir, en la práctica del poder, un espacio público, la habitación del urbanita excava, en la materia densa de lo urbano, su propio lugar. Hay una pasión luchadora involucrada en las discretas operaciones de conquistas territoriales, que nunca llegan a ser definitivas, que siempre se graban con una insegura posesión episódica de un terreno disputado. ¿Dónde encontrará cada urbanita el lugar para su deambular distraído, dónde encontrará cada sujeto el rincón en donde ponerse a salvo, dónde encontrará una porción de ciudad en donde sentirse apropiado? Caminando por la calle, el viandante cree que elige sus itinerarios según una sucesión de significados que cree propia; pero podemos sospechar que es la ciudad la que, muda e impávida, lo empuja en su derrotero.

Como primer ámbito urbano practicado, la calle constituye una habitación primigenia. Hay, en efecto, una escuela de la calle, áspera y cruel: la ciudad nos franquea al paso desde su ámbito introductorio y hoscamente hospitalario. A través de éste, todos podemos acceder a las regiones más amenas de la ciudad, pero no para todos los itinerarios son cortos, amables y seguros. La ciudad se prodiga en laberintos y para algunos es empresa riesgosa llegar a su corazón palpitante de vida. En la escuela de la calle aprendemos muy pronto que hay regiones por las cuales conviene no frecuentar, que hay horas de lo urbano en que es intranquilo el ánimo, pero también que hay caminos confortantes, asistidos por presencias contenedoras. En qué medida la ética y la moralidad corrientes de un individuo se forja en el camino que recorre entre su morada y la escuela, no nos es dable estimar aún, aunque podemos barruntar que no sería una cuantía despreciable.

Y, con todo, la ciudad es apropiada por cada urbanita según la experiencia de sus tránsitos, sus exploraciones, sus familiarizaciones. La ciudad se va comprendiendo con las fatigas de los andares. Nuestra es la ciudad caminada con método tan geográfico como histórico. Ha de construirse de modo vivencial, paso a paso, y según una cadencia precisa que mucho conoce de recurrencias y mucho practica de distinciones identificadoras. La ciudad caminada es la vivida según la operación fundamental que hace de todo urbanita un arquitecto de sus propios lugares, cuando es capaz de conferir identidad y referencia a sus marchas, estructura a sus hábitos y forma a su propia y entrañable experiencia de lo urbano.

Es así que, desde un origen que no cesa de producirse en la experiencia de cada urbanita, las errancias son las que fundan, a la vez, la ciudad y lo urbano. Porque a la ciudad siempre estamos llegando. Porque lo urbano no es, en definitiva, más que unos infinitos laberintos entrelazados con levedad, caminos que se practican con el merodeo constante y ensañado, brechas abiertas en una sustancia oscura que desafía las prospecciones de lo humano. Los urbanitas, si somos sedentarios, lo somos en la localización precisa



Rambla de Montevideo |

de una condición errante de viandantes que se obstinan por recrear, día tras día, sus propios itinerarios fundantes. La piel de la ciudad recoge las huellas en un palimpsesto una y otra vez vejado por la vida.

Estancias urbanas

Aún los tránsitos más frenéticos y olvidados de sí incurren, cada tanto, en pausas. Porque la condición del transeúnte se practica en movimientos que adoptan, aquí y allá, hábitos de interrupción episódica, al menos para recuperar energías, pero, sobre todo, para resignificar la propia marcha. La administración existencial del esfuerzo hace de tales pausas ocurrencias urbanitas dotadas de un cierto nuevo significado. Tal nuevo significado radica en discurrir de otro modo: repasando el camino hecho, afrontando la siguiente etapa, reconsiderando el plan. En las pausas aparece la oportunidad, que ningún urbanita desaprovecha, de pensarse las cosas de otro modo, de revisar alcances, de justipreciar reservas.

Hay ocurrencias en el paisaje propicias a la pausa: la ocasión de breves encuentros, por oposición a los habituales y muy urbanos desencuentros; el advenimiento de cambios de dirección indicados por hitos y cruces; el cambio del talante del intenso urbanita vivo que practica sus lugares y que, en cierto lugar, cede a la opción de volverse contemplativo. Las pausas pautan la marcha, ritman los itinerarios, ponen su música al tiempo de la vida urbana. El transeúnte habituado en su condición es modulado tanto por su ímpetu, como por sus más sutiles y breves pausas en su camino. El viandante en paz marcha, parsimonioso, de pausa en pausa. Quizá sea por esto que los ancianos, más que por impedimento físico, por sabiduría en el vivir, gustan pasear calmados, sin perder ninguna ocasión para detenerse cada tanto.

Estas instancias fugaces de decisión, estas detenciones episódicas, poco a poco van adquiriendo un significado especial: quizá ya sea momento propicio para sentar plaza. Esto de sentar plaza en el reducto de lo urbano es una compleja operación, que requiere de un conocimiento profundo de la etiqueta urbana: no es posible asentarse en cualquier circunstancia, sino allí y donde la ciudad se abra hospitalaria y comedida. En la antigua ciudad de los paseantes proliferaban de buen modo las plazas y parques abiertos, resguardados y equipados con asientos dispuestos para todo aquel que gustara efectuar decorosamente una urbana detención. Pero en la ciudad del capitalismo tardío contemporáneo, las plazas supervivientes no son suficientes para cobijar a los extenuados. Por ello es que hay que apelar al desinteresado servicio de ciertos establecimientos privados, que, a cambio de que consumamos algo, nos franquean la posibilidad de reposar por un momento.

Así es que, en ciertos cruces de caminos, en ciertos puntos de la geografía en donde se superponen los itinerarios, tienen lugar ciertas detenciones de especial condición. Proliferan allí las oportunidades de concertaciones, de complicidades, de no pocas conspiraciones. Los viandantes detienen por un momento sus desplazamientos allí donde se encuentran con sus semejantes, sus aproximados, sus aliados en la tarea ahora asumida con expectación de acechar el paisaje urbano, de contemplar el espectáculo de la existencia, de urdir proyectos de vida madura. Los comerciantes avispadados reconocen, en su éxito, una especial sensibilidad para reconocer estos puntos especialmente hospitalarios para el encuentro sedente y soñador. Así, la gloria perdurable de los bares y cafés históricos se ve precedido por una crucial operación de reconocimiento de las errancias de los urbanitas, que, tarde o temprano, pausarán su andar; precisamente, allí.

Es deteniéndose aquí y allá que forjamos hábitos de querencia: solemos volver una y otra vez a aquellos lugares en donde hemos aprendido que en estos es bueno quedarse, permanecer, obstinarse. De los tránsitos y de las pausas hemos concluido por conferir significados a la recurrencia. Paso a paso, y demora en demora, vamos deslizándonos hacia las regiones erógenas de una ciudad hecha nuestra: allí donde nos complacemos por el cariño de hacer frecuente presencia y población. La ciudad, día a día, nos

seduce el ánimo, nos encanta con sus amparos, se nos ofrece, al fin, amable y nuestra. Pronto estaremos en condiciones de constituir, de modo pleno y establecido, gente en su sitio.

Porque la ocurrencia urbanita de la estancia guía a cada sujeto a encontrar un lugar apropiado, que se quiere y sueña adecuado, digno y decoroso. Ponerse uno en su sitio es una operación vital de mayúscula importancia, toda vez que, para algunos pocos, el destino o la fortuna les asegura un lugar hasta privilegiado, mientras que, para las amplias mayorías sociales, la existencia localizada supone una acción esforzada, no poco azarosa y parvamente satisfactoria. En el fondo, no se trata nada más que de eso y nada menos que eso: encontrar el sitio que a uno le acomode. Tal pudiera resultar la vertebración de las historias de vidas urbanitas: la pasión subjetiva por el lugar propio. Pero no debe olvidarse que este sostenido afán proviene de toda puntal y exigua parada en camino, de todas y cada una de las detenciones en la marcha.

Atravesamiento de umbrales

Hay una tercera y madura ocurrencia urbanita allí donde se ansían y se consiguen repliegues acogedores del lugar. El deseo de la morada precede su constitución efectiva con la operación crítica de -más que conseguir un "techo" de amparo físico-, articular el ámbito urbano con el naciente reducto privado y propio con la interposición de un umbral que atravesar apropiadamente. Así, la ocurrencia urbanita de atravesamiento de umbrales corona un proceso de constitución estructural de lugares urbanos signados, desde su conformación esencial, por gestos del cuerpo cuando tiene efectivo lugar en el escenario de la ciudad. Los atravesamientos de umbrales constituyen la instancia superior, sintética y madura de la plena estructuración arquitectónica del lugar urbano, toda vez que culminan por todo lo alto su vocación de proyección de identidad y marcado de referencias en el escenario urbano. El lugar propio de cada urbanita en su ciudad comienza, pues, con la construcción vívida de un umbral de uso privado, un ingreso a una esfera de reproducción, a una estancia recurrente, demorada y estratégica, a un punto de origen apropiado para todos los tránsitos.

La operación de repliegue privado de un lugar para encontrar allí sitio, al amparo de un umbral de uso preferente, es resultado de un aprendizaje de ritos de paso. En efecto, la vivencia elemental de la forma urbana se experimenta cada vez que se traspone un lugar, según una conducta formalizada, en donde cada sujeto atraviesa de modo significativo una sutil pero clara membrana que une y separa dos regiones diferenciadas del lugar urbano. La propia arquitectura de la ciudad es experimentada de modo inquietante cada vez que el urbanita traspasa una frontera, tan abierta como claramente definida, que media entre regiones, así como entre estados subjetivos. Así, se irrumpe según rituales precisos, según etiquetas cuidadosamente observadas, desde el anonimato del viandante al estado de parroquiano de un establecimiento, desde el soltero enamorado al zaguán de la morada de la novia, del jovencuelo anónimo al estudiante institucionalizado, del común mortal al paciente hospitalizado, del pasajero casual al huésped de hotel.

Cuando la trasposición de un umbral supone el abandono de una región abierta o pública para ingresar a un reducto relativamente privado de este carácter, el cuerpo del urbanita se experimenta trémulo por el ritual del ingreso. Tal ritual implica no sólo un movimiento sino una transformación del propio estado del sujeto: este debe ser formalmente bienvenido, observado y atendido. Apenas tras la puerta, anunciado el viandante, éste debe anticipar ciertas condiciones que le muestren aceptable y digno. Es comprensible que la mera trasposición de una entrada ya suponga, para el sujeto implicado, un estremecimiento. Hay en todo ingresante un ruego expectante por ser recibido de buena gana, de resultar merecedor de aperturas, de conseguir la inclusión en el grupo de los de adentro. Habitar lo urbano trasponiendo umbrales supone, entonces, obedecer a las rigurosas diligencias de la inclusión social, mediante unos ritos que dejan marcas

indelebles en la conciencia del urbanita, tanto en las ocasiones de ingreso exitoso como en los de la exclusión aflictiva.

Otra cosa sucede cuando la trasposición de umbrales implica una irrupción en el ámbito público. En estas ocasiones, el sujeto acomoda el gesto para sumirse en el relativo anonimato de los viandantes. Las máscaras personales se cierran, con el auxilio de la imperturbabilidad del semblante, con la convencionalidad ejercida con convicción. El urbanita se une a los flujos, se somete a las muchedumbres, circula pacífico y alerta. El sujeto, desamparado, se arroja en intemperies, en soledades pobladas de presencias ajenas, se hurta a las miradas huidizas de los transeúntes. En cada irrupción en el ámbito público el cuerpo del sujeto vuelve a experimentar el vértigo de la iniciación, cuando salió, irremediable y deslumbrado, del amparo parental a esa calle que no lo esperaba.

Para siempre cerraste alguna puerta (Borges, 1964)

El poeta argentino da cuenta de la arquitectura del tiempo vivido, allí, donde consigna prolijo sus límites. Hay en las ocurrencias urbanitas de la trasposición de umbrales mucho de ineluctable: los umbrales se cruzan para siempre, así como se pierde la ingenuidad puerta tras puerta, e irremediablemente. La misma hoja que se abre, inaugural a toda revelación, también se cierra clausurando un tiempo irrecuperable. Por ello, la ciudad vivida es un laberinto de umbrales irremisibles, de senderos de una única y caprichosa dirección obcecada, de estancias precarias.

Ponerle el cuerpo a lo urbano

...para que toda modernidad sea digna de convertirse en antigüedad, es necesario que se haya extraído la belleza misteriosa que la vida humana introduce involuntariamente. (Baudelarie, 1863)

¿Qué es lo que buscamos, aún a tientas, con estas disquisiciones? Desafiarlos a considerar las poéticas de la habitación de los lugares urbanos. Atrevernos a reconocer en las ocurrencias urbanitas esa belleza misteriosa a la que alude el poeta. Aprender del arte esforzado de ponerle el cuerpo a lo urbano. Cada urbanita consigue, a su modo, realizar a costa de su vida el lugar urbano que habita, a la vez que padece las injurias del orden social al que es sojuzgado. Con sus sombras ominosas, la vida urbana consigue, a pesar de todo, resplandecer toda vez que la ciudad, asediada por los implacables administradores de su espacio, se debate aún palpitante. Puede que hoy la modalidad de la belleza de la vida moderna sea la de una elegía de lo que ha sido la ciudad, ahora que se disuelve trágica en esa urbanización sin ciudad de la que habla el geógrafo avisado (Borja, s/f). Pero, por encima de todas las cosas, algo debemos pensar y hacer con aquello de lo que hacen los urbanitas en lo que nos queda de ciudad: *poner el cuerpo*.

El detenimiento en la observación concreta de las ocurrencias urbanitas puede contribuir a un refinamiento estético en la tarea de pensar y vivir lo urbano. A la ciencia antropológica rigurosa se le insuflaría un aliento de simpatía comprensiva por estas prácticas anónimas y cotidianas. A la vez, quizá pudiera advertir una obcecada insumisión de cada urbanita, precisamente allí donde se le arrinconan por imperio del poder. Porque, con las ocurrencias urbanitas, es la vida misma la que consigue, pese a quien le pese, prevalecer, abrigando en su reducto más recóndito una llama de esperanza. Porque bien pudiera haber, en definitiva, un cierto desdén constitucional en cada urbanita, un discreto desaire de cada sujeto habitante, una minúscula región aún inmune al ejercicio del poder sobre lo urbano.

Pero, por otro lado, el examen riguroso de las ocurrencias urbanitas puede constituir una alternativa crítica para volver a pensar y vivir la ciudad. La ciudad de los urbanistas, de los administradores del espacio, de los gestores del poder, debe ceder algo de sitio a una oportunidad de revisión. Ya la ciudad

debe abandonar esa falaz asunción de concentración espacial de construcciones para observarse a sí misma en la ocurrencia de la vida urbana. Para esto, quizá sea buena cosa partir de la evidencia palmaria de que una ciudad es una comunidad de asentamiento humano, en donde los urbanitas, con su palpitar constante y cotidiano, confieren tanto forma como sentido último a la arquitectura viva de la ciudad. Porque quizá ya sea hora de considerar, con toda la atención y toda la sensibilidad, cómo es que los urbanitas le ponen el cuerpo a la ciudad. Y, a partir de tal asunción, revisar todas y cada una de las acciones que se perpetran sobre el roído palimpsesto urbano.

Referencias



Baudelaire, C. (1863) *El pintor de la vida moderna*. Borges, J. L. (1964). Límites. En J. L. Borges, *El otro, el mismo*. Buenos Aires: Emecé.

Borja, J. (s/f) *Espacio público y derecho a la ciudad*. Obtenido de Vientosur: https://cdn.vientosur.info/VScompletos/VS116_Borja_EspacioPublico.pdf

Delgado, M. (2015) *Definición y naturaleza de lo urbano*. Obtenido de El cor de les aparences: <http://manueldelgadoruiz.blogspot.com/2015/10/definicion-y-naturaleza-de-lo-urbano.html>

Garcés, M. (2007) *La ciudad siempre ha sido refugio*. Obtenido de Barcelona Metròpolis: <https://www.barcelona.cat/bcnmetropolis/2007-2017/es/entrevista/la-ciutat-sempre-ha-estat-refugi/>